

## **La rana que se marchó de casa**

### Un cuento para niños

Era una gran charca natural, en la hondonada de una bella pradera siempre verde, en lo que hacía muchos años fue una diminuta aldea, habitada por unas humildes familias de labriegos, que vivían felices con sus muchos hijos y sus muchos animales domésticos.

El agua de las nieves derretidas de las cercanas montañas terminó por anegar la aldea y sus habitantes tuvieron que edificar otras casas, donde el agua no llegaba y que a la vez pudieran servirse de ella para sus necesidades.

Cuando las aguas de la charca se hicieron ya perennes, aquellos aldeanos, todo gozosos, le dieron el nombre de laguna, que cuadraba más a la importancia que había adquirido.

Un día, los hijos de estos labriegos, que andaban felices jugando por las orillas y metiéndose en el agua, tomaron el solemne acuerdo de bautizar a la laguna con el pomposo nombre de la Casa de las Ranas. El nombre cuadraba perfectamente a cuanto estaba sucediendo en la laguna, por la gran proliferación de estos simpáticos batracios, con los que a los chicos tanto les gusta siempre jugar y a los que perseguían sin cesar cuando salían por la pradera y les obligaban a dar grandes saltos y mil diabluras más, para su deleite.

En los primeros años de formarse la charca apenas hubo vida en sus aguas y aunque bellas y cristalinas, resultaban un poco tristes. Pero andando el tiempo la charca se llenó de una gran cantidad de habitantes, de animalillos de diversas especies. Y por su superficie empezaron a nadar los primeros patos y la sobrevolaban incansables muchas avecillas de vistoso plumaje y variados cantos, que se miraban coquetas en las limpias y transparentes aguas.

Todo era allí como en un pueblo de seres humanos.

En la Casa de las Ranas se organizaba la vida por familias y especies, unas superiores a otras, pero todas se complementaban y todas juntas formaban el pueblo.

Tuvieron acierto los chicos al dedicar a las ranas el nombre de la laguna, porque estaban en grandísimo número y su eterno croar era una especie de ley y orden para gobernar. A la sintonía de colores y dulces trinos de las aves, siempre se imponía el inconfundible vozarrón, el crooo..., crooo, creee..., desgarrado y ronco de las ranas grandes y pequeñas. Allí las ranas jamás dejaban de cantar, a menos que alguna tragedia o calamidad lo prohibiese; era como una señal

inequívoca de que allí mandaban las ranas, porque eran tantas...

En la Casa de las Ranas ocurría lo mismo que dentro de las familias de los hombres. Eran las ranas adultas y las poderosas las que mandaban dentro de la familia y entre los demás seres. Y la gran prole de renacuajos siempre tenía que obedecer.

Pero los tiempos pasaban y las nuevas corrientes que ya imperaban en otras lagunas ricas y modernas, fueron llegando también a la Casa de las Ranas.



Y así fue como las jovencísimas ranitas y ranitos compañeros de juego fueron formando pandillas, que con mucha frecuencia armaban grandes trifulcas, sobre todo cuando salían a la pradera los días de fiesta, que eran siempre que llovía y arremetían con cuanto topaban a su paso. Taponaban con tierra las casitas de los grillos cantores; perseguían a las mariposas para borrarles la pintura de las alas; pisoteaban a las mariquitas hasta que les salían puntitos negros en sus alitas rojas; destrozaban los sembrados de margaritas y a muchísimas moscas y moscardones dejaron lisiados a lengüetazos.

Y ese comportamiento de aquellas pandillas de energúmenos causaba gran malestar y disgustos entre los habitantes de la pradera y sus protestas llegaron a conocimiento de las ranas y ranos mayores, que les amenazaron con no dejarles salir a divertirse a la pradera.

Claro que entre los jóvenes no todos eran gamberros. Había infinidad de ranas y ranos jóvenes de comportamiento ejemplar, que apenas salían de los límites de las aguas, porque allí encontraban medios suficientes de diversión.

Se podían subir a las hojas que navegaban por la laguna y deslizarse suavemente por la superficie; hace competiciones de saltos de altura y longitud, que es el principal deporte de las ranas; competiciones de zancada; carreras de superficie; submarinismo de resistencia; escalada de cañas y por supuesto concurso de canto y mil cosas más tan curiosas como andar a la zanca coja, jugar al corro chirimbolo, etc.

Pero con todo, hay que reconocer que la laguna resultaba algo aburrida, por lo que eran frecuentes las salidas y raro era el día que no se ausentaba más de lo debido algún renacuajo, y más de uno perdió

prematuramente su colita en la travesura.

Y por eso las familias estaban tan alarmadas.

Y así fue como un buen día de tentadora mañana, algo lluvioso, la ranita Felisa, cansada de que su padres le recriminasen, no sin razón sus continuas travesuras, decidió marcharse de casa bien lejos.

Aprovechando que mamá rana y papá rano habían salido de casa a recoger unas tiernas algas, se puso su mejor traje verde esmeralda, con lunares marrón-carmesí y listas ópalo-girasol con blanca e inmaculada pechera, salió al prado y comenzó a saltar y a saltar, y se alejó animada por el frescor de la mañana y se adentró en el bosque, hasta que le sorprendió la noche, no acertó a volver y tuvo que refugiarse en una pequeña charca de lluvia.

– ¡Qué será de mí...! Sollozaba la pequeña ranita, asustada en aquella noche oscura como boca de lobo.

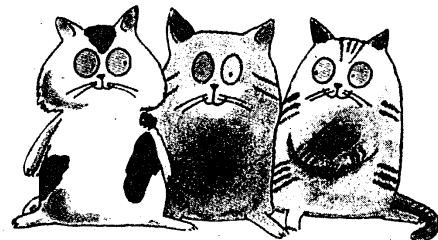
Ignoraba la rana Felisa que se encontraba en los territorios del bondadoso mochuelo Orejudo, cuyo hijito salía todas las noches de ronda a jugar con un topillo joven y una lechucita con la que mantenía muy buenas relaciones. Y al dirigirse el mochuelito a la charca a hacer sus acostumbradas abluciones, se llevó un gran susto, porque él jamás había visto una cosa así con esas larguísimas patas y unos ojos saltones que le miraban aturridos.

El mochuelito llamó rápidamente a la mochuela mamá, que se encontraba cerca. Vieja y sabia la mochuela, que recriminó a la ranita y le dio un fuerte y cariñoso alazo.

Sin apenas mediar palabras, la rana se vio izada por los aires y transportada hasta su casa, donde fue recibida con alegría por sus padres, que decidieron perdonar la travesura.

Pero nuestra osada ranita, que había tenido tan singular aventura, a poco comenzó a planear otra. Se puso de acuerdo con un ranito joven como ella, también muy atrevido y se echaron otra vez al monte para repetir la travesura, a ver si tenían el mismo final feliz. Porque eso de volver volando a casa era a lo máximo que podía aspirar una rana.

Y madrugaron mucho, porque el día prometía ser muy caluroso y nada más salir los primeros rayos de sol, cuando sus frágiles cuerpos comenzaron a sentir un gran calor



decidieron refugiarse en una pequeña charca de un barrando profundo.

Pero aquellos eran los dominios del gran gato Felino. Y qué casualidad, en esos momentos llevaba a sus gatitos a beber a la charca.

La impresión de los pequeños mininos fue grande. Pero al instante se las ingeniaron para hacerlas salir del agua y se pusieron a jugar con ellas. Contemplar las escenas de juego era delicioso. Porque los gatitos solo querían jugar y cada vez que las ranitas daban un salto ellos las atrapaban; pero como tenían las uñas muy afiladas, causaron grandes rasguños en los tiernos cuerpecitos de las ranas y les rasgaron las membranas de las patas y alguna uñita de sus manos quedaron maltrechas también, hasta que por fin se cansaron de jugar y las dejaron volver a la charca y se posaron en su sucio fondo maltrechas y exhaustas.

– Por fin nos han dejado esos desalmados gatos, se dijeron apenas sin aliento. Nos esconderemos bien en el fango y restañaremos las heridas que tenemos.

Y así pensaban las ranitas, cuando al volver la vista hacia arriba les llamó la atención una larguísima y afilada sombra que se dibujaba en la superficie.

El terror se apoderó de ellas nuevamente. Aquel objeto que producía la sombra se movía y se acercaba al agua y cada vez que la tocaba se producía una estela de círculos que les hacía temblar. El verde de su piel cambió súbitamente por un pardo sucio que les daba un aspecto feo, pero que podría servirles para despistar al visitante.

– Cerremos los ojos, se dijeron, ya que nada podemos hacer.

Casi perdieron el sentido cuando notaron que algo punzante las estaba moviendo.

No supieron decir nunca cuánto tiempo estuvieron así, hasta que notaron que ese objeto punzante las sacaba del agua y las llevaba por el aire. No podían hablar, pero aquello no era un sueño y por fin, cuando abrieron sus ojitos se encontraron en las aguas de la laguna, de la Casa de las Ranas, casi a las puertas de sus casas. No podían creerlo.

La cigüeña Casilda era así de generosa y buena. Aquella tarde anduvo mucho rato tras la fea langosta Saltamontes, que la llevó hasta aquellos lugares. Tras la gran carrera quiso saciar su sed, vio a la pareja de ranitas tan desaliñadas y maltrechas y se preguntó qué harían allí, tan lejos de la laguna. Pudo mucho su condición de madre, recordó a sus cigüeñitos que dormían plácidamente en su nido; las cogió dulcemente con su pico transportabebés y las devolvió a casa.

Se había repetido la historia. Pero esta vez, la ranita traviesa

que se marchaba de casa, no podría emprender nuevas aventuras.

La colocaron en una cama de espuma y allí permaneció durante muchos días. Sanaría de sus males, pero ya jamás podría volver a nadar tan bien como lo hacía antes. Las membranas natatorias de su pata derecha quedaron rotas para siempre.

El doctor Batracio le dijo que ya no podría nadar de frente, ni dar grandes saltos en el agua. Cuando intentara nadar, lo más que lograría sería dar vueltas como un trompo.

Y así quedó para siempre reclusa en la laguna la ranita Felisa, aquella atrevida y caprichosa que un día se marcó de casa.

Publicado en el Diario de Teruel el 4 de diciembre de 1.992

NOTA: Simboliza un poco este cuento de La Rana que se marchó de casa, el amor que los chicos de mi pueblo sentíamos por este batracio, por lo que nos habían contado siempre nuestros padres, que pudimos comprobar cuando nosotros mismos hacíamos paseos desde el pueblo.